

PATRICIO PRON: LA VIDA INTERIOR DE LAS
PLANTAS DE INTERIOR (2013)

CINCUENTAY CUATRO VECES

De acuerdo, ahora me llamo Lump y soy el perro de Pablo Picasso. No soy el único, desde luego; también está esa enorme mole babeante llamada Yan. Pero soy el último perro de Pablo Picasso y el único que él retrató en sus pinturas. No es poca cosa, naturalmente, y puede que yo supiera que iba a acabar siendo parte de la historia del arte cuando decidí quedarme en la casa de El Gran Hombre aquella vez en que mi antiguo dueño, el fotógrafo David Douglas Duncan, me llevó en su coche a la casa de Picasso a acompañarlo mientras lo retrataba. De acuerdo, ningún problema con Duncan, pero el hecho es que tenía un galgo afgano que no me dejaba en paz. Nada contra los afganos, por supuesto, pero un galgo afgano es como un perro con cortinas, ¿quién quiere algo así en su casa, meándose en su jardín y babeándole el plato donde se supone que uno tiene que beber su agua? No tenía ninguna razón para quedarme donde Duncan, pero tampoco para irme donde Picasso, que era calvo y se vestía raro —cuando se vestía—; pero creo que le gusté: lo primero que hizo al verme fue pintar un plato con mi silueta y dedicármelo. De acuerdo, bien. Ahora soy un perro en un plato pintado por Pablo Picasso. Después me tomó en brazos —y me consta que El Gran Hombre nunca alzaba a sus perros en brazos— y a continuación me dejó comer con él y lamer su plato. Nada mal tratándose del primer día con uno de los grandes artistas del siglo xx. Claro que no todo era fácil en la casa de Picasso: su mujer era temperamental, todo estaba sucio y manchado de pintura y ade-

más había una cabra. Es decir, una cabra viva, llamada Esmeralda, que Picasso había retratado en una escultura que había colocado en el jardín y en la que solía atarla. De acuerdo, una cabra atada a otra cabra, una viva y una muerta, o viva solamente en el arte. ¿No es raro? Durante el día, la cabra estaba atada a la otra cabra, pero por la noche deambulaba por la casa y te llevabas unos sustos de muerte cuando te la encontrabas. Nunca se sabía en qué habitación podía estar y había que andarse con precaución porque una cabra es como un perro pero más grande y con cuernos y las cabras no suelen estar de buen humor casi nunca. Además de la cabra había comunistas, muchos comunistas —por entonces había muchos, al parecer—, un montón de comunistas que venían a la casa de Picasso a comer gratis y a hablar del Partido Comunista. Actores, actrices, otros pintores, escritores, cineastas: todos hablando del dichoso Partido Comunista, y yo me pregunto: ¿qué hizo el Partido Comunista por nosotros, los perros? De acuerdo, lo de Laika y todo eso, pero ¿dónde está ahora Laika? ¿Comiéndose un hueso en el cosmódromo de Baikonur? ¿Moviendo la colita cada vez que pasa alguien y le echa un hueso de Dios-sabe-qué, un yak o algo así? No, está achicharrada y congelada después, dando vueltas por el espacio, con su destino simétricamente invertido al de una pizza congelada barata. Ah, y en una estampilla, pero eso es poco consuelo. ¿No podían enviar un gato, un conejo, quizá una maldita cabra? ¿Qué tal un comunista como los que venían a arruinarnos la noche a la casa de Picasso? ¿Alguna actriz francesa con pinta de no saber aún lo que son los antidepresivos y el jabón? De acuerdo, los perros tenemos un olfato muy sensible, pero podría haber tenido sinusitis y sin embargo haber sabido cuándo un actor francés salía de París camino a nuestra casa, así de mal olían todos. De acuerdo, Picasso no olía mejor, pero era Picasso: es decir, uno de los mejores pintores del siglo xx. Podría haber metido ambos pies en un charco de mierda y todos los pintores tendrían que habérselos besado. Todos menos Egon Schiele y Lucien Freud, que son los dos

segundos mejores pintores del siglo xx. No importa. Allí estaba, en la casa de Picasso, aguantando a los comunistas y a la cabra y tratando de no llenarme las patas de pintura. Una vez me caí por error dentro de un tarro de pintura o algo así y me tuvieron que lavar con disolvente. De acuerdo, no es gracioso. Así que, cuando no estaba manchándome o huyendo de la cabra, yo hacía lo que todos los perros: movía la cola, jugaba con Paloma y los otros niños, me echaba para que me rascaran la panza, masticaba pulgas y garrapatas y arrastraba las orejas por el suelo como si fuera un rastreador indio que quisiera averiguar cuán cerca está la caballería. Nada mal para un perro dachshund nacido en Stuttgart en 1956. Una vez me trajeron una perra para que me apareara, cosa que no pude. (¿Podrías tú, delante del mejor pintor del siglo xx? Además se llamaba Lolita y eso es sinónimo de problemas.) En otra ocasión, Picasso hizo un conejo de papel y me dejó que yo me lo comiera. Me lo pasé muy bien persiguiendo aquel conejo, aunque ahora me arrepiento un poco de haberlo destrozado, porque ¿cuánto valdría aquel conejo hoy día? No está bien comerse el arte, siempre lo he pensado. Al arte es mejor observarlo; es decir, está muy bien observar su producto terminado, pero éste nunca es tan interesante como su producción, la gestación de la obra de arte es un asunto tan fascinante —incluso para un perro— que debería ser su finalidad última. ¿Qué prefieres tú? ¿El *Guernica* o las fotografías reunidas por el Museo Reina Sofía en las que se documenta la realización del cuadro? De acuerdo, yo prefiero las últimas: no disipan ningún enigma; de hecho, generan muchos más. ¿Por qué Picasso empezó por ese ángulo? ¿Cómo supo desde el principio qué colores utilizaría? ¿Por qué continuó haciendo bocetos de la obra incluso después de darla por concluida? No puedo responder esas preguntas —yo no estaba aquí porque nací en Stuttgart en 1956 y el *Guernica* fue pintado en 1937—, pero puedo responder otras, vinculadas con las últimas obras de Picasso. Claro que no voy a revelar nada. Una de las ventajas de medir menos de veinte centímetros de altura es que puedes

pasar desapercibido, y yo solía pasar desapercibido a menudo; me escondía detrás de una pintura inconclusa o me sentaba en la silla de El Gran Hombre y lo observaba trabajar durante horas. Y era bueno. Era muy bueno. Ahora una pregunta; a todos los amantes del arte: ¿por qué acumulan ustedes obras de Picasso en sus museos y sus casas si lo realmente bello —lo realmente artístico, podría decirse— fue su creación y esta se ha perdido irremisiblemente? Todas ellas son nostalgia, pero lo más notable es que sus propietarios y defensores sienten nostalgia de una creación que no han presenciado. ¿Quién quiere recordar un día que no ha vivido? A sabiendas de que las obras de Picasso valen una millonada, ¿cuánto vale el haber sido testigo de su creación, sentado en su silla y masticando pulgas y rascándose? De acuerdo, supongo que soy un perro afortunado por haber estado allí. También soy afortunado por otra cosa: Picasso me pintó en todas y cada una de las cincuenta y cuatro variaciones del cuadro *Las meninas* de Velázquez que realizó en 1957. Aparezco en todas ellas, en el margen inferior derecho de la imagen, reemplazando al perro que pintó Velázquez en 1656, que no estaba nada mal —un perro robusto, con pinta de haber visto muchas cosas, aunque quizá un poco somnoliento en el retrato del pintor—, pero que, a todos los efectos, no era el perro de Pablo Picasso. El Gran Hombre me pintó en todas sus versiones del cuadro —en algunas salgo bastante poco favorecido, por cierto—, y en algunas ni siquiera se pintó a sí mismo en lugar de Velázquez, pero me pintó a mí en todas. De acuerdo, muy pocos vínculos entre un artista y su perro han quedado reflejados de esa forma en el arte, y muy pocos perros pueden jactarse de haber sido pintados cincuenta y cuatro veces por el pintor más importante del siglo xx —lo siento, amiguitos, pero es así—; casi ninguno —a excepción de aquel perro de Velázquez, pero claro que, al parecer, el perro no era del pintor, sino de sus retratadas— puede presumir de estar colgado en los muros del Museo del Prado. Y por esa razón, ninguno sabe lo que es estar aquí, confinado en un mundo de colores vívidos pero planos, en los límites estre-

chos de una pintura, tan diferente a la casa de Picasso, a su jardín donde ataban a la cabra, a su estudio oscuro y a las manos del pintor. Todo ello también es nostalgia. Nadie debería ser retratado nunca: De acuerdo, el artista debería realizar su obra en presencia de su retratado y a manera de homenaje, pero luego debería destruirla para que su retratado no quedase eternizado en una postura incómoda, ante un montón de curiosos, lejos de los que amó, incapaz de volver a correr y a roer y a ladrar y a hacer las otras cosas que hacemos los perros de los pintores, imposibilitados de decir, con esta voz estrangulada de arte: ¿Dónde estás ahora, Picasso? ¿Puedes oírme? Llévame de regreso a casa. ¿Dónde está la que era nuestra casa?